

NOTRE CHARGE APOSTOLIQUE

1. *Nuestro cargo apostólico (1) nos obliga a vigilar la pureza de la fe y la integridad de la disciplina católica; a preservar a los fieles de los peligros del error y del mal, sobre todo cuando el error y el mal les son presentados con un lenguaje atrayente, que, ocultando la vaguedad de las ideas y el equívoco de las expresiones bajo el ardor del sentimiento y la sonoridad de las palabras, puede encender los corazones en favor de causas seductoras, pero funestas. Tales han sido en otro tiempo las doctrinas de los llamados filósofos del siglo XVIII, las de la Revolución y las del Liberalismo, tantas veces condenadas; tales son también hoy día las teorías del Sillon, que, bajo sus brillantes y generosas apariencias, faltan con mucha frecuencia a la claridad, a la lógica y a la verdad, y, bajo este aspecto, no realzan el genio católico y francés.*

2. *Hemos dudado mucho tiempo, venerables hermanos, decir pública y solemnemente nuestro pensamiento sobre el Sillon. Ha sido necesario que vuestras preocupaciones vinieran a unirse a las nuestras para decidirnos a hacerlo. Porque amamos a la valerosa juventud enrolada bajo la bandera del Sillon y la juzgamos digna, en muchos aspectos, de elogio y admiración. Amamos a sus jefes, en quienes Nos reconocemos gustosamente almas elevadas, superiores a las pasiones vulgares y animadas del más noble entusiasmo por el bien. Vosotros mismos los habéis visto, venerables hermanos, penetrados de un sentimiento muy vivo de la fraternidad humana, marchar al frente de los que trabajan y sufren, para ayudarlos, sostenidos en su entrega por su amor a Jesucristo y la práctica ejemplar de la religión.*

I. DESVIACIÓN DEL MOVIMIENTO SILLONISTA.

3. *Era el día siguiente de la memorable encíclica de nuestro predecesor, de feliz memoria, León XIII sobre la situación de los*

(1) Pío X, Carta al episcopado francés: A. A. S., 2 (1910) 607-633. El texto original está redactado en francés.

obreros. La Iglesia, por boca de su jefe supremo, había derramado sobre los humildes y los pequeños todas las ternuras de su corazón materno y parecía llamar con sus deseos a campeones cada día más numerosos de la restauración del orden y de la justicia en nuestra sociedad perturbada. ¿No venían los fundadores del Sillon, en el momento oportuno, a poner a su servicio tropas jóvenes y creyentes para la realización de sus deseos y sus esperanzas? De hecho, el Sillon levantó entre las clases obreras el estandarte de Jesucristo, la señal de salvación para los individuos y las naciones, alimentando su actividad social en las fuentes de la gracia, imponiendo el respeto a la religión en los medios menos favorables, acostumbando a los ignorantes y a los impíos a oír hablar de Dios, y frecuentemente, en conferencias polémicas, frente a un auditorio hostil, levantándose, estimulado por una pregunta o un sarcasmo, para proclamar alta y valerosamente su fe. Eran los buenos tiempos del Sillon; es su lado positivo, que explica los alientos y las aprobaciones que le han concedido el episcopado y la Santa Sede (2), hasta el punto de que este fervor religioso ha podido velar el verdadero carácter del movimiento sillonista.

Fallo disciplinar.

4. Porque hay que decirlo, venerables hermanos, nuestras esperanzas se han visto en gran parte defraudadas. Vino un día en que el Sillon acusó, para los ojos clarividentes, tendencias inquietantes. El Sillon se desviaba. ¿Podía ser de otro modo? Sus fundadores, jóvenes, entusiastas y llenos de confianza en sí mismos, no estaban suficientemente equipados de ciencia histórica, de sana Filosofía y de sólida Teología para afrontar sin peligro los difíciles problemas sociales hacia los que eran arrastrados por su actividad y su corazón, y para precaverse, en el terreno de la doctrina y de la obediencia, contra las infiltraciones liberales y protestantes.

5. Los consejos no les faltaron. Tras los consejos vinieron las amonestaciones; pero hemos tenido el dolor de ver que tanto los avisos como las amonestaciones resbalaban sobre sus almas esquivas y quedaban sin resultado. Las cosas han llegado a tal punto, que Nos traicionaríamos nuestro deber si guardáramos silencio por más tiempo. Nos somos deudores de la verdad a nuestros queridos

(2) Allocución a los afiliados de *Le Sillon*, de septiembre de 1904, y la carta de la Secretaría de Estado al cardenal Richard, arzobispo de París, de 4 de enero de 1905.

hijos del Sillon, a quienes un ardor generoso ha puesto en un camino tan falso como peligroso. Somos deudores a un gran número de seminaristas y sacerdotes que el Sillon ha sustraído, si no a la autoridad, sí, al menos, a la dirección y a la influencia de sus obispos. Somos deudores, finalmente, a la Iglesia, en la que el Sillon siembra la división y cuyos intereses compromete.

6. En primer lugar, conviene notar severamente la pretensión del Sillon de sustraerse a la dirección de la autoridad eclesiástica. Los jefes del Sillon, en efecto, alegan que se desenvuelven sobre un terreno que no es el de la Iglesia; que no persiguen más que intereses del orden temporal y no del orden espiritual; que el sillonista es sencillamente un católico consagrado a la causa de las clases trabajadoras, a las obras democráticas, bebiendo en las prácticas de su fe la energía de su consagración; que ni más ni menos que los artesanos, los trabajadores, los economistas y los políticos católicos, permanec sometido a las reglas de la moral común a todos, sin separarse, ni más ni menos que ellos, de un modo especial de la autoridad eclesiástica.

7. La respuesta a estos subterfugios es muy fácil. ¿Quién creerá, en efecto, que los sillonistas católicos, que los sacerdotes y los seminaristas enrolados en sus filas no tienen a la vista en su actividad social más que los intereses temporales de las clases trabajadoras? Juzgamos que sostener esa afirmación sería injuriarlos. La verdad es que los jefes del Sillon se proclaman idealistas irreductibles, que pretenden levantar a las clases trabajadoras, exaltando en ellas, en primer lugar, la conciencia humana; que tienen una doctrina social y principios filosóficos y religiosos para reconstruir la sociedad sobre un plano nuevo; que tienen una concepción especial de la dignidad humana, de la libertad, de la justicia y de la fraternidad, y que, para justificar sus sueños sociales, apelan al Evangelio interpretado a su manera y, lo que es más grave todavía, a un Cristo desfigurado y mermado. Además, estas ideas las enseñan en sus círculos de estudio, las inculcan a sus camaradas, las realizan en sus obras. Son, por tanto, verdaderamente profesoras de moral social, política y religiosa. Y sean las que fueren las modificaciones que puedan introducir en la organización del movimiento sillonista. Nos tenemos el derecho de decir que el fin del Sillon, su carácter, su acción, caen dentro del dominio moral, que es el dominio propio de la Iglesia y que, en consecuencia, los sillonistas incurren en una ilusión cuando creen desenvolverse sobre

un terreno en cuyos confines terminan los derechos del poder doctrinal y directivo de la autoridad eclesiástica.

Los errores doctrinales.

8. Si sus doctrinas estuvieran exentas de error, habría sido ya una falta muy grave contra la disciplina católica sustraerse obstinadamente a la dirección de aquellos que han recibido del cielo la misión de guiar a los individuos y a las sociedades por el recto camino de la verdad y del bien. Pero el mal es más profundo, lo hemos dicho ya: el Sillon, impulsado por un amor mal entendido a los débiles, ha incurrido en el error.

9. En efecto, el Sillon se propone exaltar y regenerar a la clase obrera. Ahora bien; sobre esta materia los principios de la doctrina católica están fijamente establecidos, y la historia de la civilización cristiana está ahí para atestiguar la benéfica fecundidad de aquéllos. Nuestro predecesor, de feliz memoria, los ha recordado en páginas magistrales, que los católicos consagrados a las cuestiones sociales deben estudiar y tener siempre ante los ojos. Ha enseñado expresamente que la democracia cristiana debe "mantener la diversidad de las clases, que es propia ciertamente de todo estado bien constituido, y querer para la sociedad humana la forma y carácter que Dios, su autor, ha impreso en ella" (3). Ha condenado "una democracia que llega al grado de perversidad que consiste en atribuir en la sociedad la soberanía al pueblo y en procurar suprimir y nivelar las clases" (4). Al mismo tiempo, León XIII imponía a los católicos un programa de acción, el único programa capaz de volver a colocar y de mantener a la sociedad sobre sus bases cristianas seculares. Pero, ¿qué han hecho los jefes del Sillon? No solamente han adoptado un programa y una enseñanza diferentes de los de León XIII (lo cual sería ya singularmente audaz por parte de laicos, que se convertirían así, simultáneamente con el soberano pontífice, en directores de la actividad social en la Iglesia), sino que han rechazado abiertamente el programa trazado por León XIII y han adoptado otro diametralmente opuesto. Además, rechazan la doctrina recordada por León XIII sobre los principios esenciales de la sociedad, colocando la auto-

(3) León XIII, *Graves de communi*: A. A. S., 33 (1900-1901), 385-396.

(4) *Ibid.*

ridad en el pueblo o casi suprimiéndola y tomando como ideal para realizar la nivelación de las clases. Caminan, por consiguiente, al margen de la doctrina católica, hacia un ideal condenado.

10. Nos sabemos muy bien que se glorian de exaltar la dignidad humana y la condición demasiado menospreciada de la clase trabajadora, de hacer justas y perfectas las leyes del trabajo y las relaciones entre el capital y los asalariados; finamente, de hacer reinar sobre la tierra una justicia mejor y una mayor caridad, y de promover, por medio de movimientos sociales profundos y fecundos, en la humanidad un progreso inesperado. Nos, ciertamente, no reprochamos estos esfuerzos, que serían, desde todos los puntos de vista, excelentes si los sillonistas no olvidasen que el progreso de un ser consiste en vigorizar sus facultades naturales por medio de energías nuevas y en facilitarle el juego de su actividad dentro del cuadro y de una manera conforme a las leyes de su constitución; y que, por el contrario, al lesionar sus órganos esenciales, al romper el cuadro de su actividad, se impulsa a ese ser, no hacia el progreso, sino hacia la muerte. Esto es, sin embargo, lo que quieren hacer de la sociedad humana; éste es su sueño de cambiar las bases naturales y tradicionales de la sociedad y de prometer una ciudad futura edificada sobre otros principios, que ellos tienen la osadía de declarar más fecundos, más beneficiosos que los principios sobre los cuales reposa la ciudad cristiana actual.

11. No, venerables hermanos —hay que recordarlo enérgicamente en estos tiempos de anarquía social e intelectual, en que cada individuo se convierte en doctor y legislador—, no se edificará la ciudad de un modo distinto a como Dios la ha edificado; no se levantará la sociedad si la Iglesia no pone los cimientos y dirige los trabajos; no, la civilización no está por inventar, ni la ciudad nueva por construir en las nubes. Ha existido, existe; es la civilización cristiana, es la ciudad católica. No se trata más que de insaturarla y restaurarla sin cesar sobre sus fundamentos naturales y divinos contra los ataques siempre nuevos de la utopía malsana, de la revolución y de la impiedad: omnia insturare in Christo.

12. Y para que no se nos acuse de juzgar demasiado someramente y con un rigor injustificado las teorías sociales del Sillon, Nos queremos recordar aquí los puntos esenciales de éstas.

II. EXAMEN DE LAS TEORÍAS SOCIALES DE "LE SILLON".

13. *El Sillon tiene la noble preocupación de la dignidad humana. Pero esta dignidad la entiende a la manera de algunos filósofos, de los que la Iglesia está lejos de tener que alabarse. El primer elemento de esta dignidad es la libertad, entendida en el sentido de que, salvo en materia religiosa, cada hombre es autónomo. De este principio fundamental deduce las conclusiones siguientes: hoy día el pueblo está bajo la tutela de una autoridad distinta del pueblo; debe libertarse de ella: emancipación política. Está bajo la dependencia de patronos que, reteniendo sus instrumentos de trabajo, lo explotan, oprimen y rebajan; debe sacudir su yugo: emancipación económica. Está dominado, finalmente, por una casta llamada dirigente, a la cual su desarrollo intelectual asegura una preponderancia indebida en la dirección de los asuntos; debe sustraerse a su dominación: emancipación intelectual. La nivelación de las condiciones, desde este triple punto de vista, establecerá entre los hombres la igualdad, y esta igualdad es la verdadera justicia humana. Una organización política y social fundada sobre esta doble base, la libertad y la igualdad (a las cuales se unirá bien pronto la fraternidad), he aquí lo que los sillonistas llaman democracia.*

14. *Sin embargo, la libertad y la igualdad no constituyen más que el lado, por así decirlo, negativo de la democracia. Lo que hace propia y positivamente la democracia es la participación más grande posible de todos en el gobierno de la cosa pública. Y esto comprende un triple elemento: político, económico y moral.*

15. *En primer lugar, en política, el Sillon no suprime la autoridad; por el contrario, la juzga necesaria. Pero quiere repartirla o, por mejor decir, multiplicarla de tal manera, que cada ciudadano quede convertido en una especie de rey. La autoridad, es cierto, deriva de Dios, pero reside primordialmente en el pueblo y deriva de éste por vía de elección, o mejor todavía, de selección, sin que por esto abandone al pueblo y se haga independiente de él; será exterior, pero solamente en apariencia; en realidad, será interior, porque será una autoridad consentida.*

16. *Guardadas las debidas proporciones, lo mismo sucederá en el orden económico. Sustraída de las manos de una clase particular, la cualidad de patrono quedará tan multiplicada, que cada*

obrero vendrá a ser una especie de patrono. La forma llamada a realizar este ideal económico no es, se afirma, la del socialismo; es un sistema de cooperativas suficientemente multiplicadas para provocar una concurrencia fecunda y para salvaguardar la independencia de los obreros, que no quedarán encadenados a ninguna de ellas.

17. He aquí ahora el elemento capital, el elemento moral. Como lo autoridad, lo hemos visto, es muy reducida, es necesaria otra fuerza para suplirla y oponer una reacción permanente al egoísmo individual. Este nuevo principio, esta fuerza, es el amor del interés profesional y del interés público, es decir, del fin mismo de la profesión y de la sociedad. Imaginad una sociedad en la que en el alma de cada ciudadano, con el amor innato del bien individual y del bien familiar, reinara el amor del bien profesional y del bien público; en la que en la conciencia de cada ciudadano estos amores se subordinaran de tal manera que el bien superior prevaleciera siempre sobre el bien inferior, ¿no podría esta sociedad prescindir casi por completo de la autoridad y no ofrecería el ideal de la dignidad humana, teniendo cada ciudadano un alma de rey y cada obrero un alma de patrono? Liberado de la estrechez de sus intereses privados y levantado a los intereses de su profesión, y más arriba, a los de la nación entera, y más arriba todavía, a los de la humanidad (porque el horizonte del Sillon no se detiene en las fronteras de la patria, se extiende a todos los hombres hasta los confines del mundo), el corazón humano, dilatado por el amor del bien común, abrazaría a todos los camaradas de la misma profesión, a todos los compatriotas, a todos los hombres. Y he aquí la grandeza y la nobleza humana ideal realizada por la célebre trilogía: libertad, igualdad, fraternidad.

18. Ahora bien, estos tres elementos, político, económico y moral, están subordinados el uno al otro, y es el elemento moral, lo hemos dicho, el principal. Porque ninguna democracia política es viable si no tiene puntos de arraigo profundos en la democracia económica. A su vez, ni la una ni la otra son posibles si no arraigan en un estado de espíritu en el que la conciencia se halle investida de responsabilidades y de energías morales proporcionadas. Pero suponed este estado de espíritu hecho sobre la base de una responsabilidad consciente y de fuerzas morales: la democracia económica brotará naturalmente de él, traduciendo en hechos esta conciencia y estas energías. De la misma manera y por el mismo

camino, del régimen corporativo brotará la democracia política. Y la democracia política y económica, ésta implicando a aquélla, se encontrarán fijamente establecidas en la conciencia misma del pueblo sobre ejes inquebrantables.

19. *Tal es, en resumen, la teoría, se podría decir el sueño, del Sillon, y es a esto a lo que tiende su enseñanza y es esto lo que él llama la educación democrática del pueblo, es decir, llevar al máximum la conciencia y la responsabilidad cívica de cada individuo, de donde brotará la democracia económica y política y el reino de la justicia, de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad.*

Falseamiento de las nociones sociales y políticas fundamentales.

20. *Esta rápida exposición, venerables hermanos, os demuestra ya claramente cuánta razón tenemos al decir que el Sillon opone una doctrina a otra doctrina; que levanta su ciudad sobre una teoría contraria a la verdad católica, y que falsea las nociones esenciales y fundamentales que regulan las relaciones sociales en toda sociedad humana. Esta oposición aparecerá más clara todavía con las consideraciones siguientes.*

Autoridad y obediencia.

21. *El Sillon coloca primordialmente la autoridad pública en el pueblo, del cual deriva inmediatamente a los gobernantes, de tal manera, sin embargo, que continúa residiendo en el pueblo. Ahora bien, León XIII ha condenado formalmente esta doctrina en su encíclica Diuturnum illud sobre el poder político, donde dice: "Muchos de nuestros contemporáneos, siguiendo las huellas de aquellos que en el siglo pasado se dieron a sí mismos el nombre de filósofos, afirman que toda autoridad viene del pueblo; por lo cual, los que ejercen el poder no lo ejercen como cosa propia, sino como mandato o delegación del pueblo, y de tal manera que tiene rango de ley la afirmación de que la misma voluntad que entregó el poder puede revocarlo a su antojo. Muy diferente es en este punto la doctrina católica, que pone en Dios, como en principio natural y necesario, el origen de la autoridad políti-*

ca" (5). Sin duda, el Sillon hace derivar de Dios esta autoridad que coloca primeramente en el pueblo, pero de tal manera que la "autoridad sube de abajo hacia arriba, mientras que, en la organización de la Iglesia, el poder desciende de arriba hacia abajo" (6). Pero, además de que es anormal que la delegación ascienda, puesto que por su misma naturaleza desciende, León XIII ha refutado de antemano esta tentativa de conciliación de la doctrina católica con el error del filosofismo, porque prosigue: "Es importante advertir en este punto que los que han de gobernar el Estado pueden ser elegidos en determinados casos por la voluntad y el juicio de la multitud, sin que la doctrina católica se oponga o contradiga esta elección. Con esta elección se designa al gobernante, pero no se le confieren los derechos del poder, ni se entrega el poder como un mandato, sino que se establece la persona que lo ha de ejercer" (7).

22. Por otra parte, si el pueblo permanece como sujeto de-
tentador del poder, ¿en qué queda convertida la autoridad? Una
sombra, un mito; no hay ya ley propiamente dicha, no existe ya
la obediencia. El Sillon lo ha reconocido; porque, como exige, en
nombre de la dignidad humana, la triple emancipación política,
económica e intelectual, la ciudad futura por la que trabaja no
tendrá ya ni dueños ni servidores; en ella todos los ciudadanos
serán libres, todos camaradas, todos reyes. Una orden, un precep-
to, sería un atentado contra la libertad. La subordinación a una
superioridad cualquiera sería una disminución del hombre. La obe-
diencia, una decadencia. ¿Es así, venerables hermanos, como la
doctrina tradicional de la Iglesia nos presenta las relaciones socia-
les en la ciudad, incluso en la más perfecta posible? ¿Es que
acaso toda sociedad de seres independientes y desiguales por na-
turaleza no tiene necesidad de una autoridad que dirija su activi-
dad hacia el bien común y que imponga su ley? Y si en la socie-
dad se hallan seres perversos (los habrá siempre), ¿no deberá la
autoridad ser tanto más fuerte cuanto más amenazador sea el
egoísmo de los malvados? Además, ¿se puede afirmar con alguna
sombra de razón que hay incompatibilidad entre la autoridad y
la libertad, a menos que uno se engañe groseramente sobre el con-
cepto de libertad? ¿Se puede enseñar que la obediencia es con-
traria a la dignidad humana y que el ideal sería sustituir la obe-

(5) León XIII, *Diuturnum illud*, n. 3.

(6) Marc Sangnier, *Discours de Rouen* (1907).

(7) León XIII, *Diuturnum illud*, n. 4.

diencia por la "autoridad consentida"? ¿Es que acaso el apóstol San Pablo no tuvo a la vista la sociedad humana en todas sus etapas posibles, cuando ordenaba a los fieles estar sometidos a toda autoridad? (8). ¿Es que la obediencia a los hombres en cuanto representantes legítimos de Dios, es decir, en fin de cuentas, la obediencia a Dios, rebaja al hombre y lo sitúa vilmente por debajo de sí mismo? ¿Es que el estado religioso, fundado sobre la obediencia, sería contrario al ideal de la naturaleza humana? ¿Es que los santos, que han sido los más obedientes de los hombres, eran esclavos o degenerados? ¿Es que, finalmente, podemos imaginar un estado social en el que Jesucristo, venido de nuevo a la tierra, no diera ya el ejemplo de la obediencia y no dijera ya: Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios? (9).

Justicia e igualdad.

23. El Sillon, que enseña estas doctrinas y las practica en su vida interior, siembra, por tanto, entre vuestra juventud católica nociones erróneas y funestas sobre la autoridad, la libertad y la obediencia. No es diferente lo que sucede con la justicia y la igualdad. El Sillon se esfuerza, así lo dice, por realizar una era de igualdad que sería, por eso mismo, una era de justicia mejor. ¡Por eso, para él, toda desigualdad de condición es una injusticia o, al menos, una justicia menor! Principio totalmente contrario a la naturaleza de las cosas, productor de envidias y de injusticias y subversivo de todo orden social. ¡De esta manera, la democracia es la única que inaugurará el reino de la perfecta justicia! ¿No es esto una injuria hecha a las restantes formas de gobierno, que quedan rebajadas de esta suerte al rango de gobiernos impotentes y peores? Pero, además, el Sillon tropieza también en este punto con la enseñanza de León XIII. Habría podido leer en la encíclica ya citada sobre el poder político que "salvada la justicia, no está prohibida a los pueblos la adopción de aquel sistema de gobierno que sea más apto y conveniente a su manera de ser o a las instituciones y costumbres de sus mayores" (10), y la encíclica hace alusión a la triple forma de gobierno de todos conocida. Supone, pues, que la justicia es compatible con cada una de ellas. Y la encíclica sobre la condición de los obreros, ¿no afirma

(8) Cf. Rom. XIII, 1 y sigs.

(9) Mt. XXII, 21.

(10) León XIII, *Diuturnum illud*, n. 4.

claramente la posibilidad de restaurar la justicia en las organizaciones actuales de la sociedad, al indicar los medios de esta restauración? Ahora bien, sin duda alguna, León XIII hablaba no de una justicia cualquiera, sino de la justicia perfecta. Al enseñar, pues, que la justicia es compatible con las tres formas de gobierno conocidas, enseñaba que, en este aspecto, la democracia no goza de un privilegio especial. Los sillonistas, que pretenden lo contrario, o bien rehúsan oír a la Iglesia, o bien se forman de la justicia y de la igualdad un concepto que no es católico.

Fraternidad y tolerancia.

24. Lo mismo sucede con la noción de fraternidad, cuya base colocan en el amor de los intereses comunes, o, por encima de todas las filosofías y todas las religiones, en la simple noción de humanidad, englobando así en un mismo amor y en una igual tolerancia a todos los hombres con todas sus miserias, tanto intelectuales y morales como físicas y temporales. Ahora bien, la doctrina católica nos enseña que el primer deber de la caridad no está en la tolerancia de las opiniones erróneas, por muy sinceras que sean, ni en la indiferencia teórica o práctica ante el error o el vicio en que vemos caídos a nuestros hermanos, sino en el celo por su mejoramiento intelectual y moral, no menos que en el celo por su bienestar material. Esta misma doctrina católica nos enseña también que la fuente del amor al prójimo se halla en el amor de Dios, Padre común y fin común de toda la familia humana, y en el amor de Jesucristo, cuyos miembros somos, hasta el punto de que aliviar a un desgraciado es hacer un bien al mismo Jesucristo. Todo otro amor es ilusión o sentimiento estéril y pasajero. Ciertamente, la experiencia humana está ahí, en las sociedades paganas o laicas de todos los tiempos, para probar que, en determinadas ocasiones, la consideración de los intereses comunes o de la semejanza de naturaleza pesa muy poco ante las pasiones y las codicias del corazón. No, venerables hermanos, no hay verdadera fraternidad fuera de la caridad cristiana, que por amor a Dios y a su Hijo Jesucristo, nuestro Salvador, abraza a todos los hombres para ayudarlos a todos y para llevarlos a todos a la misma fe y a la misma felicidad del cielo. Al separar la fraternidad de la caridad cristiana así entendida, la democracia, lejos de ser un progreso, constituiría un retroceso desastroso para la civilización. Porque, si se quiere llegar, y Nos lo deseamos con toda nuestra alma, a la mayor suma de bienestar posible para la sociedad y

para cada uno de sus miembros por medio de la fraternidad, o, como también se dice, por medio de la solidaridad universal, es necesaria la unión de los espíritus en la verdad, la unión de las voluntades en la moral, la unión de los corazones en el amor de Dios y de su Hijo Jesucristo. Esta unión no es realizable más que por medio de la caridad católica, la cual es, por consiguiente, la única que puede conducir a los pueblos en la marcha del progreso hacia el ideal de la civilización.

Dignidad de la persona humana.

25. Finalmente, en la base de todas las falsificaciones de las nociones sociales fundamentales, el Sillon coloca una idea falsa de la dignidad humana. Según él, el hombre no será verdaderamente hombre, digno de este nombre, más que en el día en que haya adquirido una conciencia luminosa, fuerte, independiente, autónoma, pudiendo prescindir de todo maestro, no obedeciendo más que a sí mismo y siendo capaz de asumir y de cumplir sin falta las más graves responsabilidades. Grandilocuentes palabras con las que se exalta el sentimiento del orgullo humano; sueño que arrastra al hombre sin luz, sin guía y sin auxilios por el camino de la ilusión, en el que aguardando el gran día de la plena conciencia será devorado por el error y las pasiones. Además, ¿cuándo vendrá este gran día? A menos que cambie la naturaleza humana (cosa que no está al alcance del Sillon), ¿vendrá ese día alguna vez? ¿Es que los santos, que han llevado la dignidad humana a su apogeo, tenían esa pretendida dignidad? Y los humildes de la tierra, que no pueden subir tan alto y que se contentan con abrir modestamente su surco en el puesto que la Providencia les ha señalado, cumpliendo enérgicamente sus deberes en la humildad, la obediencia y la paciencia cristianas, ¿no serán dignos de llamarse hombres, ellos a quienes el Señor sacará un día de su condición oscura para colocarlos en el cielo entre los príncipes de su pueblo?

III. EXAMEN DE LA ACCIÓN SOCIAL DE "LE SILLON".

26. Detenemos aquí nuestras reflexiones sobre los errores del Sillon. No pretendemos agotar la materia, porque tendríamos que llamar vuestra atención sobre otros puntos igualmente falsos y peligrosos, como, por ejemplo, su manera de entender el poder coercitivo de la Iglesia. Importa, sin embargo, ver la influencia de

estos errores sobre la conducta práctica del Sillon y sobre su acción social.

27. Las doctrinas del Sillon no quedan en el dominio de la abstracción filosófica. Son enseñadas a la juventud católica y, además, se hacen ensayos para vivirlas. El Sillon se considera como el núcleo de la ciudad futura; la refleja, por consiguiente, lo más fielmente posible. En efecto, no hay jerarquía en el Sillon. La minoría que lo dirige se ha destacado de la masa por selección, es decir, imponiéndose a ella por su autoridad moral y por sus virtudes. La entrada es libre, como es libre también la salida. Los estudios se hacen allí sin maestro, todo lo más con un consejero. Los círculos de estudio son verdaderas cooperativas intelectuales, en las que cada uno es al mismo tiempo maestro y discípulo. La camaradería más absoluta reina entre los miembros y pone en contacto total sus almas. De aquí el alma del Sillon. Se la ha definido "una amistad". El mismo sacerdote, cuando entra en él, abate la eminente dignidad de su sacerdocio y, por la más extraña inversión de papeles, se hace discípulo, se pone al nivel de sus jóvenes amigos y no es más que un camarada.

◀ Carencia de toda jerarquía.

28. En estas costumbres democráticas y en las teorías sobre la ciudad ideal que las inspira, reconoceréis, venerables hermanos, la causa secreta de los fallos disciplinarios que tan frecuentemente habéis debido reprochar al Sillon. No es extraño que no hayáis encontrado en los jefes y en sus camaradas así formados, fuesen seminaristas o sacerdotes, el respeto, la docilidad y la obediencia que son debidos a vuestra persona y a vuestra autoridad; que sintáis de parte de ellos una sorda oposición y que tengáis el dolor de verlos apartarse totalmente, o, cuando son forzados por la obediencia, de entregarse con disgusto a las obras no sillonistas. Vosotros sois el pasado; ellos son los adalides de la civilización futura. Vosotros representáis la jerarquía, las desigualdades sociales, la autoridad y la obediencia: instituciones envejecidas, a las cuales las almas de ellos, estimulados por otro ideal, no pueden plegarse. Nos tenemos sobre este estado de espíritu el testimonio de hechos dolorosos, capaces de arrancar lágrimas. Y Nos no podemos, a pesar de nuestra longanidad, sustraernos a un justo sentimiento de indignación. ¡Porque se inspira a vuestra juventud

católica la desconfianza hacia la Iglesia, su madre; se le enseña que, después de diecinueve siglos, la Iglesia no ha logrado todavía en el mundo constituir la sociedad sobre sus verdaderas bases; que no ha comprendido las nociones sociales de autoridad, libertad, igualdad, fraternidad y dignidad humana; que los grandes obispos y los grandes monarcas que han creado y gobernado tan gloriosamente a Francia no han sabido dar a su pueblo ni la verdadera justicia ni la verdadera felicidad, porque no tenían el ideal del Sillon!

29. *El soplo de la revolución ha pasado por aquí, y Nos podemos concluir que, si las doctrinas sociales del Sillon son erróneas, su espíritu es peligroso, y su educación, funesta.*

30. *Pero, entonces, ¿qué debemos pensar de la acción del Sillon en la Iglesia, del Sillon cuyo catolicismo es tan puntilloso que, si no se abraza su causa se sería a sus ojos un enemigo interior del catolicismo y no se comprendería para nada al Evangelio ni a Jesucristo? Juzgamos necesario insistir sobre esta cuestión, porque es precisamente su ardor católico el que ha valido al Sillon, hasta en estos últimos tiempos, valiosos alientos e ilustres sufragios. Pues bien, ante las palabras y los hechos, Nos estamos obligados a decir que, tanto en su acción como en su doctrina, el Sillon no satisface a la Iglesia.*

Defensa exclusivista de la democracia política.

31. *En primer lugar, su catolicismo no se acomoda más que a la forma de gobierno democrática, que juzga ser la más favorable a la Iglesia e identificarse, por así decirlo, con ella. Enjenda, pues, su religión a un partido político. Nos no tenemos que demostrar que el advenimiento de la democracia universal no significa nada para la acción de la Iglesia en el mundo. Hemos recordado ya que la Iglesia ha dejado siempre a las naciones la preparación de darse el gobierno que juzguen ventajoso para sus intereses. Lo que Nos queremos afirmar una vez más, siguiendo a nuestro predecesor, es que hay un error y un peligro en enjendar, por principio, el catolicismo a una forma de gobierno —error y peligro que son tanto más grandes cuando se identifica la religión con un género de democracia cuyas doctrinas son erróneas. Este es el caso del Sillon, el cual, comprometiendo de hecho a la*

Iglesia en favor de una forma política especial, divide a los católicos, arranca a la juventud, e incluso a los sacerdotes y seminaristas, de la acción simplemente católica, y malgasta, sin retribución alguna, las fuerzas vivas de una parte de la nación.

Se niega a defender a la Iglesia atacada.

32. *Y he aquí, venerables hermanos, una admirable contradicción. Es precisamente porque la religión debe trascender sobre todos los partidos por lo que, invocando este principio, se abstiene el Sillon de defender a la Iglesia atacada. Ciertamente, no es la Iglesia la que ha bajado a la arena política; se la ha arrastrado hasta ésta para mutilarla y despojarla. La obligación de todo católico, ¿no es la de usar las armas políticas que tiene a mano para defenderla y también para forzar a la política a permanecer en su dominio, sin ocuparse de la Iglesia más que para darle lo que le es debido? Pues bien, frente a la Iglesia así violentada, se tiene con frecuencia el dolor de ver a los sillonistas cruzarse de brazos, a no ser que la defensa de la Iglesia redunde en ventaja del Sillon; se les ve dictar o sostener un programa que en parte alguna ni en grado alguno revela al católico. Lo cual no impide a estos mismos hombres, en plena lucha política, bajo el golpe de una provocación, alardear públicamente de su fe. ¿Qué significa esto sino que hay dos hombres en el sillonista: el individuo, que es católico; el sillonista, hombre de acción, que es neutral?*

Incorre en el indiferentismo.

33. *Hubo un tiempo en que el Sillon, como tal, era formalmente católico. En materia de fuerza moral, no reconocía más que una, la fuerza católica, e iba proclamando que la democracia sería católica o no sería democracia. Vino un momento en que se operó una revisión. Dejó a cada uno su religión o su Filosofía. Cesó de llamarse católico, y a la fórmula "La democracia será católica", sustituyó esta otra: "La democracia no será anticatólica", de la misma manera que no será antijudía o antibudista. Esta fue la época del plus grand Sillon. Se llamó para la construcción de la ciudad futura a todos los obreros de todas las religiones y de todas las sectas. Sólo se les exigió abrazar el mismo ideal social, respetar todas las creencias y aportar una cierta cantidad de fuerzas morales. Es cierto, se proclamaba, "los jefes del Sillon ponen*

su fe religiosa por encima de todo. Pero, ¿pueden negar a los demás el derecho de beber su energía moral allí donde les es posible? En compensación, quieren que los demás respeten a ellos su derecho de beberla en la fe católica. Exigen, por consiguiente, a todos aquellos que quieren transformar la sociedad presente en el sentido de la democracia, no rechazarse mutuamente a causa de las convicciones filosóficas o religiosas que pueden separarlos, sino marchar unidos, sin renunciar a sus convicciones, pero intentando hacer sobre el terreno de las realidades prácticas la prueba de la excelencia de sus convicciones personales. Tal vez sobre este terreno de la emulación entre almas adheridas a diferentes convicciones religiosas o filosóficas podrá realizarse la unión" (11). Y se declara al mismo tiempo (¿cómo podía realizarse esto?) que el pequeño Sillon católico sería el alma del gran Sillon cosmopolita.

34. Recientemente, el nombre del plus grand Sillon ha desaparecido y una nueva organización ha intervenido, sin modificar, todo lo contrario, el espíritu y el fondo de las cosas "para poner orden en el trabajo y organizar las diversas fuerzas de actividad. El Sillon queda siempre como un alma, un espíritu que se mezclará a los grupos e inspirará su actividad". Y todos los grupos nuevos quedan en apariencia autónomos: a los católicos, a los protestantes, a los librepensadores se les pide que se pongan a trabajar. "Los camaradas católicos trabajarán entre ellos en una organización especial para instruirse y educarse. Los demócratas protestantes y librepensadores harán lo mismo, por su parte. Todos, católicos, protestantes y librepensadores tendrán muy en su corazón armar a la juventud, no para una lucha fratricida, sino para una generosa emulación en el terreno de las virtudes sociales y cívicas". (12).

35. Estas declaraciones y esta nueva organización de la acción sillonista provocan graves reflexiones.

36. He aquí, fundada por católicos, una asociación interconfesional para trabajar en la reforma de la civilización, obra religiosa de primera clase, porque no hay verdadera civilización sin la civilización moral, y no hay verdadera civilización moral sin la verdadera religión. Esta es una verdad demostrada, un hecho histórico. Y los nuevos sillonistas no podrán pretextar que ellos

(11) Marc Sangnier, *Discours de Rouen* (1907).

(12) Marc Sangnier (París, mayo de 1910).

trabajarán solamente "en el terreno de las realidades prácticas", en el que la diversidad de creencias no importa. Su jefe siente tan claramente esta influencia de las convicciones del espíritu sobre el resultado de la acción, que les invita, sea la que fuere la religión a que pertenezcan, a "hacer en el terreno de las realidades prácticas la prueba de la excelencia de sus convicciones personales". Y con razón, porque las realizaciones prácticas revisien el carácter de las convicciones religiosas, de la misma manera que los miembros de un cuerpo hasta en sus últimas extremidades reciben su forma del principio vital que los anima.

37. Esto supuesto, ¿qué pensar de la promiscuidad en que se encontrarán colocados los jóvenes católicos con heterodoxos e incrédulos de toda clase en una obra de esta naturaleza? ¿No es ésta mil veces más peligrosa para ellos que una asociación neutra? ¿Qué pensar de este llamamiento a todos los heterodoxos y a todos los incrédulos para probar la excelencia de sus convicciones sobre el terreno social, en una especie de concurso apolo-gético, como si este concurso no durase ya hace diecinueve siglos, en condiciones menos peligrosas para la fe de los fieles y con toda honra de la Iglesia católica? ¿Qué pensar de este respeto a todos los errores y de la extraña invitación, hecha por un católico, a todos los disidentes para fortificar sus convicciones por el estudio y para hacer de ellas fuentes siempre más abundantes de fuerzas nuevas? ¿Qué pensar de una asociación en que todas las religiones, e incluso el librepensamiento, pueden manifestarse en alta voz, a su capricho? Porque los sillonistas, que en las conferencias públicas y en otras partes proclaman enérgicamente su fe individual, no pretenden ciertamente cerrar la boca a los demás e impedir al protestante afirmar su protestantismo y al escéptico su escepticismo. ¿Qué pensar, finalmente, de un católico que al entrar en su círculo de estudios deja su catolicismo en la puerta para no asustar a sus camaradas, que, "soñando en una acción social desinteresada, rechazan subordinarla al triunfo de intereses, de grupos o incluso de convicciones, sean las que fueren"? Tal es la profesión de fe del nuevo comité democrático de acción social, que ha heredado el defecto mayor de la antigua organización y que, dice, "rompiendo el equívoco mantenido en torno al plus grand Sillon, tanto en los medios reaccionarios como en los medios anticlericales", está abierto a todos los hombres "respetuosos de las fuerzas morales y religiosas y convencidos de que ninguna emancipación social verdadera es posible sin el fermento de un generoso idealismo".

Provoca una perturbación general:

38. *Si, por desgracia, el equívoco está deshecho: la acción social del Sillon ya no es católica; el sillonista, como tal, no trabaja para un grupo, y "la Iglesia," dice, no podrá ser por título alguno beneficiaria de las simpatías que su acción podrá suscitar". ¡Insinuación verdaderamente extraña! Se teme que la Iglesia se aproveche de la acción social del Sillon con un fin egoísta e interesado, como si todo lo que aprovecha a la Iglesia no aprovechara a la humanidad. Extraña inversión de ideas: es la Iglesia la que sería beneficiaria de la acción social, como si los más grandes economistas no hubieran reconocido y demostrado que es esta acción social la que, para ser seria y fecunda, debe beneficiarse de la Iglesia. Pero más extrañas todavía, tremendas y dolorosas a la vez, son las audacias y la ligereza de espíritu de hombres que se llaman católicos, que sueñan con volver a fundar la sociedad en tales condiciones y con establecer sobre la tierra, por encima de la Iglesia católica, "el reino de la justicia y del amor", con obreros venidos de todas partes, de todas las religiones, o sin religión, con creencias o sin ellas, con tal que olviden lo que les divide: sus convicciones filosóficas y religiosas, y que pongan en común lo que les une: un generoso idealismo y fuerzas morales tomadas "donde les fuere posible". Cuando se piensa en todo lo que ha sido necesario de fuerzas, de ciencia, de virtudes sobrenaturales para establecer la ciudad cristiana, y los sufrimientos de millones de mártires, y las luces de los padres y de los doctores de la Iglesia, y la abnegación de todos los héroes de la caridad, y una poderosa jerarquía nacida del cielo, y los ríos de la gracia divina, y todo lo edificado, unido, compenetrado por la vida y el espíritu de Jesucristo, Sabiduría de Dios, Verbo hecho hombre; cuando se piensa, decimos, en todo esto, queda uno admirado de ver a los nuevos apóstoles esforzarse por mejorarlo poniendo en común un vago idealismo y las virtudes cívicas. ¿Qué van a producir? ¿Qué es lo que va a salir de esta colaboración? Una instrucción puramente verbal y quimérica, en la que veremos reflejarse desordenadamente y en una confusión seductora las palabras de libertad, justicia, fraternidad y amor, igualdad y exaltación humana, todo basado sobre una dignidad humana mal entendida. Será una agitación tumultuosa, estéril para el fin pretendido y que aprovechará a los agitadores de las masas menos utopistas. Si, verdaderamente se puede afirmar que el Sillon se ha hecho compañero de viaje del socialismo, puesta la mirada sobre una quimera.*

39. Nos tememos algo todavía peor. El resultado de esta promiscuidad en el trabajo, el beneficiario de esta acción social cosmopolita no puede ser otro que una democracia que no será católica, ni protestante, ni judía: una religión (porque el sillonismo, sus jefes lo han dicho, es una religión) más universal que la Iglesia católica, reuniendo a todos los hombres, convertidos, finalmente, en hermanos y camaradas en "el reino de Dios". "No se trabaja para la Iglesia: se trabaja para la humanidad."

"Le Sillon" se ha desviado.

40. Y ahora, penetrados por la más viva tristeza, Nos nos preguntamos, venerables hermanos, en qué ha quedado convertido el catolicismo del Sillon. Desgraciadamente, el que daba en otro tiempo tan bellas esperanzas, este río límpido e impetuoso, ha sido captado en su marcha por los enemigos modernos de la Iglesia y no forma ya en adelante más que un miserable afluente del gran movimiento de apostasía, organizado, en todos los países, para el establecimiento de una Iglesia universal que no tendrá dogmas, ni jerarquía, ni regla para el espíritu, ni freno para las pasiones, y que, so pretexto de libertad y de dignidad humana, consagraría al mundo, si pudiera triunfar, el reino legal de la astucia y de la fuerza y de la opresión de los débiles, de los que sufren y trabajan.

41. Nos conocemos muy bien los sombríos talleres en que se elaboran estas doctrinas deletéreas, que no deberían seducir a los espíritus clarividentes. Los jefes del Sillon no han podido defenderse de ellas. La exaltación de sus sentimientos, la ciega bondad de su corazón, su misticismo filosófico, mezclado con una parte de iluminismo, los han arrastrado hacia un nuevo evangelio, en el que han creído ver el verdadero Evangelio del Salvador, hasta el punto de que osan tratar a Nuestro Señor Jesucristo con una familiaridad soberanamente irrespetuosa y de que, al estar su ideal emparentado con el de la revolución, no temen hacer entre el Evangelio y la revolución paridades blasfemas, que no tienen la excusa de haber brotado de cierta improvisación apresurada.

Deformación del Evangelio.

42. *Nos queremos llamar vuestra atención, venerables hermanos, sobre esta deformación del Evangelio y del carácter sagrado de Nuestro Señor Jesucristo, Dios y hombre, practicada en el Sillon y en otras partes. Cuando se aborda la cuestión social, está de moda en algunos medios eliminar primeramente la divinidad de Jesucristo y luego no hablar más que de su soberana mansedumbre, de su compasión por todas las miserias humanas, de sus apremiantes exhortaciones al amor del prójimo y a la fraternidad. Ciertamente, Jesús nos ha amado con un amor inmenso, infinito, y ha venido a la tierra a sufrir y a morir para que, reunidos alrededor de El, en la justicia y en el amor, animados de los mismos sentimientos de caridad mutua, todos los hombres vivan en la paz y en la felicidad. Pero a la realización de esta felicidad temporal y eterna ha puesto, con una autoridad soberana, la condición de que se forme parte de su rebaño, que se acepte su doctrina, que se practique su virtud y que se deje uno enseñar y guiar por Pedro y sus sucesores. Porque, si Jesús ha sido bueno para los extraviados y los pecadores, no ha respetado sus convicciones erróneas, por muy sinceras que pareciesen. Los ha amado a todos para instruirlos, convertirlos y salvarlos. Si ha llamado hacia Sí, para aliviarlos, a los que padecen y sufren, no ha sido para predicarles el celo por una igualdad quimérica. Si ha levantado a los humildes, no ha sido para inspirarles el sentimiento de una dignidad independiente y rebelde a la obediencia. Si su corazón desbordaba mansedumbre para las almas de buena voluntad, ha sabido igualmente armarse de una santa indignación contra los profanadores de la casa de Dios, contra los miserables que escandalizan a los pequeños, contra las autoridades que agobian al pueblo bajo el peso de inmensas cargas sin poner en ellas ni un dedo para aliviarlas. Ha sido tan enérgico como dulce. Ha reprendido, amenazado, castigado, sabiendo y enseñándonos que con frecuencia el temor es el comienzo de la sabiduría y que conviene a veces cortar un miembro para salvar el cuerpo. Finalmente, no ha anunciado para la sociedad futura el reino de una felicidad ideal, del cual el sufrimiento quedara desterrado, sino que con sus lecciones y con sus ejemplos ha trazado el cambio de la felicidad posible en la tierra y de la felicidad perfecta en el cielo: el camino de la cruz. Estas son enseñanzas que se intentaría equivocadamente aplicar solamente a la vida individual con vistas a la salvación eterno, pues son ense-*

ñanzas eminentemente sociales, y nos demuestran en Nuestro Señor Jesucristo algo muy distinto de un humanitarismo sin consistencia ni autoridad.

IV. MEDIDAS PRÁCTICAS.

Acción del episcopado.

43. *Por lo que a vosotros toca, venerables hermanos, continuad activamente la obra del Salvador de los hombres, imitando su dulzura y su energía. Inclinaos hacia todas las miserias; que ningún dolor escape a vuestra solicitud pastoral, que ningún llanto os encuentre indiferentes. Pero también predicad enérgicamente sus deberes a los grandes y a los poderes públicos. La cuestión social estará muy cerca de ser resuelta cuando los unos y los otros, menos exigentes de sus derechos mutuos, cumplan más exactamente sus obligaciones.*

44. *Además, como en el conflicto de los intereses, y sobre todo en la lucha con fuerzas del mal, la virtud de un hombre, su santidad misma, no basta siempre para asegurarle el pan cotidiano, y como el engranaje social debería estar organizado de tal manera que con su juego natural paralizara los esfuerzos de los malos e hiciera asequible a toda buena voluntad su parte legítima de felicidad temporal, Nos deseamos vivamente que toméis una parte activa en la organización de la sociedad para este fin. Y con este objeto, mientras vuestros sacerdotes se entregan con ardor al trabajo de la santificación de las almas, de la defensa de la Iglesia, y a las obras de caridad propiamente dichas, elegiréis algunos de ellos activos y de espíritu equilibrado, investidos de los grados de doctor en Filosofía y en Teología, que posean perfectamente la historia de la civilización antigua y moderna, y los consagréis a los estudios menos elevados y más prácticos de la ciencia social para ponerlos, a su tiempo, al frente de vuestras obras de acción católica. Sin embargo, que estos sacerdotes no se dejen seducir, en el dédalo de las opiniones contemporáneas, por el espejuelo de una democracia falsa; que no tomen de la retórica de los peores enemigos de la Iglesia y del pueblo un lenguaje enfático, lleno de promesas tan sonoras como irrealizables. Que estén convencidos de que la cuestión social y la ciencia social no son de ayer; que en todos los tiempos la Iglesia y el Estado, felizmente concertados, han creado con ese fin organiza-*

ciones secundas; que la Iglesia, que nunca ha traicionado la dicha del pueblo con alianzas comprometedoras, no tiene que separarse de lo pasado, y que le basta volver a tomar, con el concurso de los verdaderos obreros de la restauración social, los organismos rotos por la revolución y adaptarlos, con el mismo espíritu cristiano que los ha inspirado, al nuevo medio creado por la evolución material de la sociedad contemporánea, porque los verdaderos amigos del pueblo no son revolucionarios ni innovadores, sino tradicionalistas.

45. Esta obra eminentemente digna de vuestro celo pastoral, Nos deseamos que la juventud del Sillon, aportada de sus errores, lejos de ser un obstáculo para ella, aporte a ésta, en el orden y la sumisión convenientes, un concurso leal y eficaz.

Llamamiento a la juventud del "Sillon".

46. Dirigiéndonos, pues, a los jefes del Sillon, con la confianza de un padre que habla a sus hijos, Nos les pedimos por su bien, por el bien de la Iglesia y de Francia, que os cedan su puesto. Nos medimos ciertamente la extensión del sacrificio que de ellos solicitamos, pero sabemos que son suficientemente generosos para realizarlo y de antemano, en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, cuyo indigno representante somos, Nos les bendecimos por ello. En cuanto a los miembros del Sillon, queremos que se distribuyan por diócesis para trabajar bajo la dirección de sus obispos respectivos en la regeneración cristiana y católica del pueblo, al mismo tiempo que en el mejoramiento de su situación. Estos grupos diocesanos serán por el momento independientes unos de otros; y con el fin de demostrar claramente que han roto con los errores del pasado, tomarán el nombre de Sillons catholiques, y cada uno de sus miembros añadirá a su título de sillonista el mismo calificativo de catholique. No es necesario decir que todo sillonista católico queda libre para conservar, por lo demás, sus preferencias políticas, depuradas de todo lo que no sea enteramente conforme en esta materia con la doctrina de la Iglesia. Porque si, venerables hermanos, algunos grupos refusaran someterse a estas condiciones, deberéis considerar que refusan por el mismo hecho someterse a vuestra dirección, y entonces será necesario o examinar si se mantienen en la política o en la economía pura, o si perseveran en sus antiguos errores. En el primer caso, es claro que no tendréis que ocuparos de ellos más

NOTRE CHARGE APOSTOLIQUE

que del común de los fieles. En el segundo caso, deberéis obrar en consecuencia, con prudencia, pero con firmeza. Los sacerdotes deberán mantenerse fuera de los grupos disidentes y se limitarán a prestar el socorro del santo ministerio individualmente a sus miembros, aplicándoles en el tribunal de la penitencia las reglas comunes de la moral relativas a la doctrina y a la conducta. En cuanto a los grupos católicos, los sacerdotes y los seminaristas, aun favoreciéndolos y secundándolos en todo, se abstendrán de agregarse a ellos como miembros, porque conviene que la milicia sacerdotal permanezca por encima de las asociaciones laicas, incluso las más útiles y animadas por el mejor espíritu.

47. Estas son las medidas prácticas con las cuales Nos hemos creído necesario sancionar esta carta sobre el Sillon y los sillonistas. Que el Señor quiera, Nos se lo rogamos desde el fondo del alma, hacer comprender a estos hombres y a estos jóvenes las graves razones que la han dictado; que El les dé docilidad de corazón, con el valor de demostrar ante la Iglesia la sinceridad de su fervor católico. Y a vosotros, venerables hermanos, Dios os inspire para ellos, pues en adelante son ya vuestros, los sentimientos de un afecto enteramente paterno.

48. Con esta esperanza, y para obtener estos resultados tan deseables, Nos os concedemos de todo corazón, así como a vuestro clero y a vuestro pueblo, la bendición apostólica.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 25 de agosto de 1910, año octavo de nuestro pontificado.